

parte de quien lo maneja, su contenido que abarca toda la gama de las ciencias merece un comentario especial.

En efecto, difícilmente, y este es su mérito principal, puede darse una visión más completa y fundamental de las voces de que está constituida, en más corto espacio. Su reducida paginación obligaba a una síntesis apretada siempre difícil ha de evitar el escollo de la oscuridad en los conceptos; en cambio esta enciclopedia lo ha salvado y ha atendido con un criterio digno de encomio a resaltar y exponer lo fundamental. Los mapas, láminas, fotografías y dibujos que profusamente llenan sus páginas, muestran lo atinado de su selección.

Por lo dicho, la Enciclopedia Universal Herder, constituye una guía segura, para alcanzar un punto de vista básico sobre el concepto buscado, lo cual le presupone a ser un consultor de primera mano de indudable utilidad.

J. M. H. G.

*EL HOMBRE PREHISTORICO EN EL PAIS VASCO*, por José Miguel de Barandiarán.—Biblioteca de Cultura Vasca, núm. 42.—267 págs., 104 figs.—Editorial Vasca "Ekin".—Buenos Aires, 1953.

Con diez y nueve años de intervalo, vuelve Barandiarán a ofrecernos, en síntesis, sus opiniones y, en algunos casos, conclusiones, referentes a Prehistoria del País Vasco. En 1934 publicó en San Sebastián "El hombre primitivo en el País Vasco", y hoy, notablemente retocada y completada, presenta a nuestra atención esta segunda edición pulcramente editada por "Ekin".

Sobre bases arqueológicas y etnográficas, manejando materiales conseguidos en investigaciones de ambas ramas científicas, no solamente en yacimientos y agrupaciones locales, sino en fondos de países aledaños, ya que según el autor "la población de los valles vascos no estuvo aislada en ninguna época" (pág. 8), nos va trazando un extenso y detallado cuadro del que nos proponemos destacar una porción de pormenores.

En la Introducción (págs. 5/9), tras afirmar que "las conexiones de los vascos históricos con ciertos núcleos de aquella población (población pirenaica anterior a la historia) parecen cada día más patentes..." nos presenta en rápida ojeada dos series de investigadores, investigaciones y publicaciones que separadas por la data de 1916 constituyen las dos etapas de trabajo en que debe considerarse dividido el estudio de nuestra Prehistoria. Lo que Barandiarán oculta y nosotros, en deber de justicia, debemos consignar es que tal fecha 1916 es sencillamente la de su incorporación, infatigable y fecunda, a esta faceta de la investigación del país.

Estando los modos de vida de un pueblo directamente relacionados e influenciados por el paisaje natural en que aquél se desenvuelve, nos muestra el autor, en un capítulo titulado "Suelo y Clima", el actual cuadro naturalístico del país y, apoyándose en datos estratigráficos, de glaciación cuaternaria y de aluvionamiento (terrazas), perfila el mundo físico de nuestro sector en tiempos prehistóricos. (Págs. 11/21.)

La presencia de varios instrumentos de talla bifacial en Biarritz, Bayona y Aitzabal (cercanías de Vitoria) inducen a Barandiarán a admitir, con reservas, la presencia del hombre durante el Paleolítico inferior en el territorio actualmente ocupado por el pueblo vasco. Este hombre pudo ser el que habitara otros países en aquellas lejanas épocas. Era cazador y, en opinión del autor, empleaba el método del ojeo combinado con fosas y trampas. Proce-

dimientos que necesitando el concurso de muchos individuos permiten suponer "que los hombres del Paleolítico inferior sabían organizarse en sociedad, formando grupos suprafamiliares". Los yacimientos alpinos de Drachenhöhle permiten atisbar la existencia de la religión en aquellas remotas edades. (Págs. 23/28.)

Cerca de Biarritz se han hallado instrumentos de traza levalloisiense y en una porción de yacimientos, desde Carranza (Vizcaya) a Anglet (Laburdi), especialmente en Olha e Isturitz, un Musteriense típico que acusa dos etapas, templada y fría respectivamente. El hombre sigue siendo cazador. Inhumaba sus muertos, niños o agultos. (Págs. 29/35.)

Dentro ya del Paleolítico superior, aumentan extraordinariamente los yacimientos conocidos del País Vasco. Al estudiar la raza o tipo humano que habitara entonces nuestro suelo indica Barandiarán que la raza Cro-Magnon, muy extendida hacia el occidente europeo, pudo entrar "como elemento importante en la población pirenaica". Y añade lo siguiente, que sirve para que conozcamos su posición en un punto muy traído y llevado recientemente por diversos antropólogos y prehistoriadores: "Uno de los cráneos que descubrimos en esta (cueva de Urtiaga), durante nuestra campaña de exploraciones de 1936, y que data quizás de fines del Paleolítico, posee diversos rasgos que le asimilan al tipo de Cro-Magnon, juntamente con otros que le aproximan a la llamada raza pirenaica. Los demás cráneos de Urtiaga (los azilienses, sobre todo) concuerdan, por varios de sus caracteres, mejor con esta última que con la de Cro-Magnon. Diríase que, en la última etapa paleolítica, la población cromañóide del país había iniciado una evolución hacia el ortognatismo (perfil recto de la cara, prescindiendo de la nariz), la rinoprosopia (gran desarrollo vertical de la cara en relación a la longitud de la boca) y la estrechez maxilar propios del tipo pirenaico o vasco." (Págs. 37/41.)

Observa sagazmente Barandiarán que las cuevas vascas con yacimientos de Paleolítico superior, se hallan situadas por debajo de los 500 m. s.n.m., y "en la proximidad de los "ate" o sitios apropiados al pasaje espontáneo o forzado de los animales que vivían en la comarca". Sigue, pues, el hombre siendo cazador, aunque hayan variado técnicas de caza y especies cazadas. (Págs. 41/42.)

Siete cuevas y cuatro yacimientos de superficie han dado en el País Vasco materiales aurifiacenses. Barandiarán estudia los restos de alimentación (ciervo, caballo y reno, principalmente), la industria de sílex y hueso, los amuletos, el arte parietal o mobiliario y relaciona con todo ello diferentes técnicas de caza (usategi, malota, bizto, satol), y de trabajo (el "gabil" o alisador de tiras de cuero, como réplica de los "bastones perforados" hasta hace poco llamados "de mando") y variadas facetas de mitología, magia y formas de Derecho que han perdurado en el pueblo vasco desde épocas muy lejanas, al decir de Barandiarán, quien afirma que "los mitos pirenaicos que han llegado hasta nuestros días en la tradición del pueblo vasco, proyectan sombras y figuras gemelas de las del cazador paleolítico o, lo que es más probable, heredadas de ellas". (Págs. 42/62.)

Dentro del Paleolítico superior, también hay en las cuevas del País Vasco (en cuatro) manifestaciones solutrenses que permiten señalar dos niveles o fases en su desarrollo vertical. Inferior y más antiguo el primero con bóvidos (Isturitz), toro y caballo (Santimamiñe) principalmente e industria lítica en la que comienzan a verse puntas en "hoja de laurel". Superior más moderno el segundo, con reno (Isturitz), caballo (Bolínkoba) puntas de hoja en "laurel y sauce", abundante industria ósea y, sobre todo, variada y rica colección de objetos de arte mobiliario y parietal (en la muy importante cueva bajo-

navarra de Isturitz) con representaciones, en bajo relieve y grabado, de oso, bisonte, reno, felino, cérvido, caballo y mamuth. (Págs. 62/75.)

Una veintena de cuevas y yacimientos del país nos dan materiales de cultura magdaleniense. En su primera mitad existe el mamuth y el rinoceronte lanudo y abunda el reno, ciervo, caballo, toro salvaje. Hay también restos de ursus y de numerosas especies de aves y moluscos. En la segunda mitad han desaparecido el mamut, rinoceronte lanudo y ursus, disminuye el reno y aumenta el ciervo.

Al hablarnos del hombre de esta etapa vuelve el autor a definir su posición: "Un cráneo que descubrimos en el nivel magdaleniense de Urtiaga pero que puede no ser contemporáneo de este tramo sino algo posterior, ofrece caracteres cromañoides asociados a otros que más tarde hallamos en los constructores de los dólmenes eneolíticos de nuestro país y en los vascos históricos. Podemos, pues, suponer, mientras no se demuestre lo contrario, que en la zona pirenaica occidental vivía una raza emparentada con la de Cro-Magnon y que, en su postrera etapa, acusaba ya ciertos rasgos (índice Frontal, el vértico-trasversal, el máxilo-zigomático, el asterio-parietal y el ángulo basilar) que continúan en el tipo vasco hasta los tiempos actuales."

Estudia el material lítico, óseo y córneo, muy abundante y llama la atención sobre el curioso "bastón perforado" de Isturitz provisto de diez orificios. Abundan las cuentas y amuletos. Siguen las manifestaciones de arte, especialmente en la primera mitad de esta etapa: pinturas y grabados parietales en las cuevas de Santimamiñe, Alkerdi, Xaxilioaga y Etxeberri, reproduciendo caballos, bisontes, cabras, ciervo, jabalí y oso, todo ello situado en parajes recónditos y de difícil acceso de dichos antros; arte mobiliario, ornamental y naturalístico, destacando Isturitz con variadísimo ajuar de piezas en hueso, cuerno y piedra con figuras antropomorfas y de animales.

Barandiarán se inclina a creer que durante el Magdaleniense existieron "relaciones sociales amplias y de larga duración" dentro de extensas zonas geográficas en las que se incluía el actual territorio vasco. En su opinión el magdaleniense de nuestra zona era en cierto modo zoolatra y la caza determinó "la forma de la economía, de la organización social, de la técnica, del arte, de la religión, de la magia y de la ética. (Págs. 75/110.)

También se conocen materiales del Mesolítico en sus dos etapas Aziliense y Asturiense. La primera ha dejado sus huellas en casi todas las cuevas vascas con niveles del Paleolítico superior y además en las de Silibranka (Mañaria) y Laminen-eskatza (Mondragón) donde "aparece aislado sin acompañamiento de capas arqueológicas más antiguas". Los cráneos hallados en Urtiaga en estratos azilienses "se identifican o casi coinciden con el tipo vasco actual en diversos índices". La benignidad del clima tras los fríos del Magdaleniense, repercutió en la flora y fauna y los restos de alimentación hallados acusan este fenómeno pues aumentan los de mariscos, peces y aves. La industria lítica, microlítica en gran parte, es, en conjunto, característica e inconfundible. No se conocen manifestaciones artísticas. Barandiarán estima que paralelamente al cambio en orden económico probablemente debió existir una transformación de lo espiritual en matiz y amplitud desconocidos; aunque ello permite suponer la pervivencia de religión y magia paleolíticas cuyos testigos no han llegado hasta nosotros, quizás por ser "de materia y de forma más caducas que las de antaño".

Existen muestras del Asturiense en Santimamiñe, Mouligna (Biarritz) y Lumentxa. No cree Barandiarán que el gran conchero de Santimamiñe, en cuya capa inferior aparecieron útiles de facies Asturiense puede incorporarse fácilmente a este piso. De todas formas, el examen crítico del ajuar asturiense

vasco induce a Barandiarán a afirmar que en tal época los ocupantes de las mencionadas cuevas "mantenían relaciones con diversos pueblos, particularmente con el Nordeste cantábrico y astur, de tradición local paleolítica y con el Mediodía y Este matizados de culturas mediterráneas de facies tardenoiense". (Págs. 111/124.)

Advierte Barandiarán que un estrato de la cueva de Santimamiñe directamente superpuesto a las primeras formas de cerámica y que finaliza bajo las primeras apariciones de cobre, tiene cerca de un metro de potencia. Ello le obliga a estudiar el Neolítico, separado del Eneolítico. El fenómeno de Santimamiñe, si bien en menor escala, se da en otros yacimientos. Son ocho las estaciones neolíticas vascas hasta hoy conocidas. La aparición de la oveja, el hallazgo de un molino de piedra en Lumentxa, las hachas y martillos pulidos de Santimamiñe y otros nuevos materiales que aparecen en el mundo de la prehistoria del país caracterizan a nuestro Neolítico como "una etapa de grandes transformaciones, como lo fué también en otras partes". Comenzó el pastoreo y se inició el cultivo de cereales. Se desarrollaron los desplazamientos trashumantes y según el autor "no se puede descartar la idea de que grupos de pastores extrapirenaicos llegaran aquí en sus flujos y reflujos trayendo consigo los nuevos elementos de cultura,.. Como se ve, continuaba la vida de relación extraterritorial del hombre prehistórico del País Vasco. (Págs. 125/134.)

El capítulo VII (págs. 135/159), que Barandiarán dedica al Eneolítico, es interesante en extremo. La abundancia relativa de datos y materiales, en su inmensa mayoría conseguidos en excavaciones en las que el autor participó colaborando con Telesforo de Aranzadi y Enrique de Eguren, le permiten una mayor posibilidad de juicio y conclusión.

Bajo el mismo signo climático que en el Neolítico, en esta época eneolítica considera el autor ya domesticados la vaca, oveja, cabra, caballo, cerdo y el perro. La población ha aumentado notablemente y extensas zonas de terreno son ahora utilizadas por el hombre en sus faenas pastoriles. Aparece el dolmen, monumento sepulcral que es detalladamente descrito por el autor, y que en el País Vasco coincide con las zonas de pastizales actuales. Pero, como advierte el autor, "también en zonas más bajas existían, como es natural, establecimientos humanos". Y enumera una porción de dólmenes y de yacimientos eneolíticos de cuevas dispersos por todo el país. La trashumancia está en pleno apogeo. Barandiarán fija en 5.000 el total aproximado de individuos que componían la población eneolítica en este territorio.

El estudio de restos óseos humanos realizado con materiales conseguidos en dólmenes y yacimientos eneolíticos del país obliga al autor a afirmar "que los pastores trashumantes prehistóricos de nuestras sierras eran del mismo tipo físico que sus sucesores los vascos históricos". Y añade que el profesor catalán señor Alcobé ha reconocido este tipo de hombre vasco eneolítico, aunque desfigurado por cruzamientos, en el Valle de Arán. Lo cual, para Alcobé, es un "nuevo argumento en apoyo de la antigua dispersión geográfica (de dicho tipo) mucho más extensa que la actual residencia de sus más característicos representantes".

Diversidad de observaciones efectuadas en el país dan pie a Barandiarán para sostener que "las cuevas eran utilizadas todavía como viviendas y como sepulturas". No se ha llegado a conocer otras formas de viviendas rústicas que en opinión del autor serían semejantes a las actuales "txabolas" de nuestros pastores. Describe luego diversos tipos de dólmenes vascos y no acepta cierta teoría que atribuye diferentes orígenes a dólmenes pirenaicos

de tipos diversos por considerar que tales variaciones "son probables en las manifestaciones de un mismo elemento dentro de un ciclo cultural".

Tras unas consideraciones sobre probable indumentaria de la población eneolítica se ocupa del ajuar lítico conseguido, y al ocuparse de la cerámica establece con grandes reservas y atribuyéndole un "valor harto endeble" una sucesión de tres etapas tipológicas fundada en el material extraído en el nivel eneolítico de la cueva de Santimamiñe.

Cree Barandiarán que si bien una buena porción de la población eneolítica se dedicaba activamente al pastoreo trashumante, con toda la gama de relaciones y complejo aporte de nuevos elementos que tal profesión lleva consigo, sin embargo, otro gran sector de población, sedentario, cazador, que se dedicaba a la ganadería silvestre y que cultivaba la tierra, "constituía, a pesar de la importancia del pastoreo, el centro de gravedad de la cultura eneolítica en el Pirineo vasco".

Estudiando los nombres euskéricos de ciertos instrumentos, metales y fenómenos atmosféricos llega el autor a considerar verosímil que la lengua vasca "fuera hablada durante el periodo eneolítico por la población que ocupaba los valles pirenaicos y algunos de los países vecinos". Enfrentándose con las actuales corrientes lingüísticas vasco-caucásicas apunta la posibilidad de un origen asiático de la lengua vasca que llegara hace unos cuarenta siglos a estas latitudes en un traslado inmigrante o cultural. Pero Barandiarán, siempre prudente, estima que todo esto debe reservarse "a las futuras investigaciones de antropología, de arqueología prehistórica y de lingüística comparada".

En cuanto a la religión eneolítica, estima el autor que junto a un fondo religioso-mágico de tipo paleolítico, esto es "culto a los genios de formas animales" aparecen nuevas modalidades y creencias, entre ellas, probablemente, la del culto al Sol.

Materiales procedentes de algunos dólmenes, entre ellos uno de Orioneta (Aralar), y de varias cuevas, así como objetos aislados conseguidos en diferentes puntos del país pertenecen a la Edad del bronce. (Págs. 161/172.)

El parco ajuar disponible no permite al autor el señalamiento de particularidades estilísticas. La cerámica, está hecha a mano. El hombre habitó las cuevas, las cuales sirvieron de sepultura así como algunos dólmenes. Opina Barandiarán que las cuevas artificiales del S. y SW. de Alava fueron probablemente habitadas y sirvieron quizás de sepulturas. En Salbatierra, cerca de Vitoria, descubrió y exploró el autor una sepultura de incineración, única, entre varias, que le fué dado explorar adecuadamente, y queda incluida en esta etapa del bronce. Cree que en la religión de tal época existieron ciertas creencias naturistas y en su opinión, varios vocablos vascos, que examina, referentes a fuerzas de la naturaleza y fenómenos atmosféricos son, al parecer, anteriores a las influencias celtas o romanas.

Dos corrientes irradiantes célticas caracterizan la edad del hierro de nuestro suelo (Págs. 173/180). Una septentrional que nos ha dejado los "baratz", círculos de piedra a manera de cromlechs, implantados entre el Ariège y los límites navarro-guipuzcoanos. Salvo los cromlechs de Okabe, en los confines de Bajanavarra y Zuberoa, los pocos "baratz" explorados en el país han resultado estériles arqueológicamente. Pero los estudiados en el sector oriental de su implantación pirenaica contenían urnas cinerarias y ofrendis.

De la oleada céltica del Sur, se conocen varias estaciones en Navarra y Alava y una en Vizcaya (cerca de Navarniz). Se construían viviendas de adobe y entramado de madera; se tejían telas; se usaban molinos de mano; no escasea la cerámica; se incineraban los cadáveres. En algunas cuevas del país existen también manifestaciones de esta edad del hierro.

Advertimos aquí que la fecha de publicación de ltrabajo que comentamos y la dificultad de información con que el autor, según nos consta tuvo que enfrentarse, le impidieron ocuparse de los muy importantes descubrimientos célticos que en Navarra se están efectuando recientemente en exploraciones impulsadas y ricamente publicadas por la Institución Príncipe de Viana de Pamplona. Inútil insistir en el interés que pudiera suponer para la ciencia prehistórica el hallazgo en estos yacimientos navarros, de restos óseos humanos que permitieran un adecuado estudio antropológico de aquella población.

Para Barandiarán el pastor de la edad de hierro con sus "baratz", coincidentes con zonas dolménicas, "siguió las huellas de su antecesor eneolítico". No deja de llamar la atención acerca de la ausencia de estos "baratz" en Vizcaya, Alava y la mayor parte de Guipúzcoa. Los yacimientos de Alava y sur de Navarra, "revelan otra cultura y probablemente otros modos de vida basados en la agricultura y en la ganadería".

Remata el autor su interesante trabajo de síntesis dándonos en nutridos apéndices (Págs. 181/252) unos catálogos de yacimientos (25). dólmene (290), túmulos (16) y "baratz" o "espil" (cromlechs) (151). En ellos se señalan niveles, ajuares, descubridores, exploradores y otros pormenores de gran interés informador. Debemos consignar en justicia que una gran mayoría de la totalidad de los 542 fenómenos prehistóricos catalogados, quizás más del 85%, han sido descubiertos por don José Miguel de Barandiarán en su larga y fecunda vida de prospector e investigador de la Prehistoria del País Vasco.

Con una larga lista bibliográfica (Págs. 253/263) de 142 títulos, finaliza el autor su trabajo que estimamos de especialísimo interés para el estudio de la prehistoria del sector occidental del Pirineo.

A la largo de la obra se mantiene siempre inalterable el criterio, tan caro al autor, de conceder primordial importancia, sin desechar por ello como se ha visto, otras datos constructivos, a los fondos primitivos, ancestrales, que él mismo, en pacientes y magistrales sondeos etnográficos ha recogido en el mundo espiritual del vasco contemporáneo. Procedimiento que soslaya totalmente el factor espacio —o distancia— siempre peligroso al tratar de concadenar elementos de juicio de por sí separados en el tiempo. Procedimiento que por razones desconocidas, para nosotros al menos, no hemos visto empleado en las estructuras y síntesis prehistóricas de otras zonas de estudio.

A nuestro entender, el libro de Barandiarán que comentamos, debe ser hondamente meditado por las entidades y particulares interesados en lo prehistórico del país. Es posible que más de un pasaje se preste a debate, que algunas interpretaciones estén sujetas a revisión (el autor lo advierte en más de una ocasión); que la penuria de material no haya permitido a veces sino la elaboración de cuadros meramente esbozados. Pero, también creemos, que una reflexión sería sobre cuanto Barandiarán expone y un mínimo sentido de eficaz compenetración por parte de las entidades investigadoras del país, debiera dar por resultado la confección de un inteligente plan de conjunto en materia de prospección, estudio, publicación y ordenación de materiales en Museos, que permitiera efectuar un buen avance en la solución de las incógnitas que hoy todavía oscurecen el campo de nuestra ciencia prehistórica. Conjunto de problemas a cuyo estudio y esclarecimiento viene dedicando Barandiarán largos años de ingente labor que aplaudimos fervorosamente.